

quis; ello nos da los medios de reformar al criminal, curar al loco y educar al niño. Hemos reconstruido el arte antiguo, descifrando idiomas extinguidos, exhumado la poesía de pueblos que os precedieron en treinta siglos. Mecanismos admirables reproducen por millares y millones lo que antes debía ser copiado pacientemente con la mano. Máquinas prodigiosas pintan con fidelidad insuperable, en una fracción de segundo, el panorama de un reino entero, y gracias a ese medio, sin moveros de este sitio, podéis recrearos en la contemplación de ciudades lejanas, ver de nuevo escenas pasadas y hasta familiarizaros con las obras del arte universal.

—Ahora veo—diría el doctor—que la ciencia tiene para vosotros otra misión y otro significado. Su fin es noblemente utilitario y os hace dichosos. Pero si es como decís; si la ciencia es ahora la aliada del trabajo, de la fuerza, de la salud y del placer, permitid que conjeture qué instituciones se hallan al servicio de esa redentora del mal.

Ya adivino que mi vieja y querida Universidad, con sus claustros, su *trivium* y su *quadrivium*, sus rectores, sus bedeles y sus triviales ceremonias, debe de haber sufrido un cambio profundo y saludable. Ya que se ha descubierto la causa de la enfermedad, no dudo que la Universidad lleva al proletariado la buena nueva, y enseña a la madre ignorante la manera de prevenir el mal, que acaso se cierne sobre su niño. ¡Qué dulce debe ser para una madre recibir este mensaje de esperanza, este testimonio de solidaridad colectiva, cuando acaso ignora que los cuidados y la higiene retardan la obra fatal de la muerte! Tal vez hay espíritus generosos y altruistas (como en mi tiempo los religiosos y las monjas) que, mandados por la Universidad, van de pueblo en pueblo congregando las gentes y enseñándoles cómo se previene la enfermedad y se abrevia el

dolor. No necesitáis decirme que dentro de los muros de la Universidad, los patólogos y los fisiólogos estudian de día lo que divulgarán por la noche ante auditorios de gente cuya vida la sociedad reclama, pero que acaso ignoran las leyes más elementales de la salud.

¡Feliz el otrora rústico labrador, en este siglo en que he resucitado! Ya veo, sin que me las mostréis, las legiones de personas que la Universidad manda como emisarios de granja en granja—quizás en esos vehículos prodigiosos que llamáis ferrocarriles—, enseñando al labriego los secretos del suelo, del aire y del agua, pues sería imperdonable que los ignorase precisamente aquel para quien son más útiles y necesarios.

¡Feliz también el padre de familia, si, como aseguráis, la ciencia ha estudiado el psiquis del niño y descubierto resortes exquisitos de disciplina, más efectivos que nuestras tiránicas coerciones! Y si es cierto que la máquina llamada imprenta puede copiar un precepto cien mil veces en el tiempo que decís y a un precio tan irrisorio, ¡cuál no será la lluvia de papel impreso que la Universidad esparcirá gratuitamente á los cuatro vientos del mundo, para ilustrar al padre de familia sobre la manera de educar al pequeño ser, el futuro ciudadano que la sociedad confía a su cuidado! Ya me figuro que las jóvenes que disfruten de medios desahogados y estén dotadas de espíritu misionero e instintos maternales acudirán a escuchar las lecciones de los pedagogos, y luego, congregando a las madres en un ambiente grato, les leerán las páginas luminosas escritas por los que han estudiado el alma infantil...

Decís que la ciencia y la industria se han tornado capaces de la diseminación del arte. ¡Felices entonces las masas populares, pues no hay duda que la Universidad abre sus puertas a los habitantes de las comunas para hacerles oír la música